

SAN GREGORIO: CENTRO TEHUELCHÉ MERIDIONAL

MATEO MARTINIĆ B.*

El país tehuelche meridional

El territorio de los aonikenk,¹ etnia austral a la que los etnólogos están de acuerdo en singularizar como perfectamente definida dentro del complejo aborigen de la Patagonia, se extendía a lo largo y ancho del vasto espacio comprendido entre el río Santa Cruz, por el Norte, y el estrecho de Magallanes, por el Sur; el océano Atlántico, hacia el Este, y los contrafuertes, o mejor el pie de monte de la cordillera de los Andes, hacia el Oeste.

En su fisiografía predomina la formación mesetiforme, que es interrumpida por los valles fluviales, de variable amplitud y por las llanuras litorales del estrecho de Magallanes.

Los aonikenk en su trashumancia milenaria hicieron de los terrenos más bajos las áreas de más frecuente permanencia y recorrido, con ocasionales travesías e incursiones por las tierras altas, motivadas bien por las actividades cinegéticas, bien por las de traslado entre distintos distritos de su vasto territorio. Fue natural que así lo hicieran desde que en los valles fluviales y en las llanuras costeras del Sur tenían la certidumbre de encontrar, además del agua, una vida animal variada y abundantísima que les aseguraba el sustento. Durante la fase o período ecuestre, esto es desde mediados del siglo XVIII, poco más o menos, la necesidad de contar con pastos suficientes para sus caballos hubo de añadir una ración adicional para la tradicional concurrencia a tales parajes.

Con todo y conociendo las características del territorio meridional, que por razones de fisiografía y clima es más favorable para el desarrollo de la vida natural en su mitad más austral, esto es la comprendida entre el valle del río Coyle y el Estrecho, en esta sección del mismo hubo de radicar con preferencia la vida humana durante los prolongados milenios en que la misma se desarrolló, desde el arribo de los primeros cazadores paleoindios, hasta los tiempos históricos.

Las evidencias que progresivamente van poniendo de manifiesto la arqueología y otras fuentes informativas, señalan una ocupación más concentrada sobre ciertas áreas del distrito meridional del país tehuelche: valles de los ríos Gallegos y Chico, y sectores costeros del estrecho de Magallanes, con un énfasis al parecer particular sobre la extensa comarca de San Gregorio, que integra el sistema de tierras litorales del gran canal magallánico.

La comarca de San Gregorio

Para los efectos de este trabajo comprendemos en esta definición geográfica, en una suerte de gran arco territorial, desde los faldeos orientales de los lomajes de las Leoneras, hacia el Occidente, siguiendo por el amplio valle regado por el río Susana y sus afluentes, incluyendo los campos de puerto Oazy y del cabo de San Gregorio, al Sur, y las llanuras costeras hasta la bahía Santiago en el Oriente (70°-71° 45' Oeste aprox.). Su rasgo fisiográfico más característico y visible doquiera se esté en la comarca, es la notable formación orográfica conocida como Cumbres de San Gregorio (Cerros o Serranías de San Gregorio, o Gregory Range en los antiguos mapas ingleses). Esta

* Sección Historia, Depto. de Historia y Geografía, Instituto de la Patagonia. Casilla 113-D, Punta Arenas, Magallanes, Chile.

¹ Aonikenk: hombre del sur, en su lengua vernácula (aonik = sur; kenk = hombre).

formación que se muestra como una gigantesca cuña con dirección NE-SO, tiene carácter mesetiforme y tabular, con una altura media superior a los 200 metros sobre el nivel del mar, que alcanza su cota más elevada en el espolón de la sierra, conocido como Punta del Cerro (antaño Hombro de Gregorio, traducción del Gregory Shoulder de las cartas inglesas), para declinar suavemente hacia el Este y el Norte. En cambio, su ladera meridional, partida por numerosos pequeños cañadones, cae pronunciadamente hacia el llano, a diferencia de aquella que lo hace hacia el Oeste, donde la pendiente es relativamente más suave.

El origen de esta serranía tan llamativa y típica del paisaje oriental magallánico, ha de buscarse en los formidables desplazamientos de las masas glaciares durante las sucesivas épocas glaciales en Fuego-Patagonia, la última de las cuales habría tenido ocurrencia hace unos 9.000/11.000 años antes del presente.

Un obstáculo natural de tipo orogénico debió frenar en algún momento del tiempo geológico el impresionante avance de los hielos, forzando a una bifurcación glacial en forma de gigantescas lenguas o frentes, que en su colosal desplazamiento fueron alisando la llanura y acumulando respectivamente sus detritos morrénicos sobre el obstáculo natural que asumió al fin un aspecto cuneiforme (Marangunić, 1974).

Fuera de esta sierra tabular, la orografía comarcana está definida por terrenos llanos en los que se levantan aquí y allá algunas alturas menores. En cuanto a hidrografía, la misma está ligada en su origen a las formas morrénicas, de modo tal que el "Sistema Dinamarquero" permitió la formación de una cuenca de drenaje fluvial con un curso principal, río Susana, que sirve de recolector siguiendo una dirección general NO-SE hasta la desembocadura en el ancón o bahía homónima. En los faldeos australes de la sierra de San Gregorio se originan una media docena de arroyos que fluyen al mar al Oeste del cabo de San Gregorio, sobre la bahía de igual nombre y la de Santiago.

Fitogeográficamente y en la parte que interesa para el estudio (llanuras y terrenos planondulados), el área se encuentra comprendida en la Provincia Estepa Patagónica (Pisano, 1977), cuya fisonomía es la de una comunidad graminoide, duriherbosa, biestratificada sin sinusia leñosa, en la que dominan gramíneas perennes amacolladas,² en asociaciones donde

abunda la especie *Festuca gracillima*, con presencia de otras varias especies de gramíneas. En las asociaciones más húmedas, frecuentes en el área en forma de vegas, dominan especies tales como *Festuca pallescens* y *Hierochlōe rodolens*. Son comunes asimismo agrupaciones de matorrales de calafate (*Berberis buxifolia*) y romerillo (*Chiliotrichium difussum*), puras o entremezcladas.

Considerada desde el punto de vista zoogeográfico, la comarca de San Gregorio es una zona donde habita toda clase de aves mayores y menores, predominando las acuáticas y entre ellas los anátidos mayores (caiquén y avutarda) y menores; además de variadas especies de pajarillos y rapaces. También hay cantidad de mamíferos, roedores, cánidos y felinos (gatos y pumas) y mustélidos. Pero por sobre todo antaño el área en descripción era un territorio de gran concentración para las dos mayores especies de la fauna terrestre austral: guanaco y avestruz patagónico. En la zona litoral se agregan numerosas especies de aves marinas, como la ocasional de mamíferos pinípedos y la existencia de bancos de mariscos.

Para ejemplificar la generosidad de la vida silvestre comarcal durante el período histórico pregnadero, como la vigencia de tal característica en el tiempo, basta citar dos testimonios separados entre sí por casi tres siglos. Uno es el del capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, el primero que conoció la región de que nos ocupamos (1584), quien dejó una excelente descripción de los recursos que encontró a su paso: "...campos apacibles de yerbas olorosas i mucha caza de venados, gatos cervales de mosos pellejos pelo i colores, muchos avestruces, cuyos huevos hallamos por el campo, que comían, con uno, cuatro y seis hombres (...) hallamos por los campos cantidad de yerbas teñidas como grana, que producen una frutilla como granos de granada, dulces i sabrosos i provechosos al estómago, i otros gruesos, que los llamamos cerezas, por parecerle, en tanta cantidad que, caminando sin parar, a puñados las cogíamos y satisfacíamos la hambre (...) Andan aquí los avestruces en grandes manadas. Aquí vimos manos o pies de vicuñas recién pasadas; hay venados, y los mejores mejillones, más grandes i gruesos..."³

A su tiempo (1869), el explorador George Ch. Musters, asombrado por las manifestaciones de vida silvestre que encontró en su recorrido, consignó opiniones como ésta: "...llegamos a una pequeña laguna, en la cabecera del

² "Fitogeografía de Fuego-Patagonia Chilena I. Comunidades vegetales entre las latitudes 52 y 56 S.". *Ans. Inst. Pat.* 8: 154.

³ Citado por el autor en "Antecedentes para la historia del conocimiento botánico y zoológico de la región del estrecho de Magallanes", *Ans. Inst. Pat.* 13: 118-119.

valle, cubierta por millares de patos silbadores y comunes. El espectáculo hacía pensar que nadie tenía por qué morir de hambre en este país, tan abundante parecía ser la provisión de vida animal.⁴

Todavía en 1883, es decir, cuando la colonización pastoril se encontraba en sus inicios, otro viajero, Giovanni Roncagli, estando a la vista de la sierra de San Gregorio, por la parte litoral, podía apreciar que el camino transcurría... por un terreno ondulado, rico de espesos pastos y de guanacos...⁵

Es posible así afirmar que prácticamente no hubo viajero que, conociendo la comarca de San Gregorio, bien por el interior, bien por la costa, no dejara de observar la feracidad del suelo, la calidad de los pastos y la abundancia de toda clase de animales, entendiéndola acertadamente como un sitio por demás recomendable para el asentamiento humano.

En suma, la comarca de San Gregorio era otrora una tierra con rango de privilegio, en términos relativos, dentro del universo geográfico patagónico austral-oriental; con abundancia de recursos de agua, leña combustible, ricos pastizales y gran población animal, y un clima soportable, lo que durante el extenso lapso preganadero ofrecía una posibilidad cierta para una actividad vital intensa y permanente. No debe extrañar, entonces, que el hombre la prefiriera para su habitación desde los tiempos muy remotos hasta nuestros días, en una secuencia sin solución de término.

La presencia humana y la permanencia de la ocupación aborigen

Aunque arqueológicamente el área no ha sido objeto de un estudio sistemático sostenido, se dispone no obstante de evidencias suficientes como para afirmar la noción de una presencia humana muy antigua en el área de interés (Massone, 1979), y que pudo alcanzar cierta importancia.

En efecto, se ha encontrado hasta ahora una veintena de sitios (paraderos, talleres líticos y conchales), mayormente litorales, entre las bahías Oazy y Santiago, cuyo estudio ha revelado la presencia de grupos de cazadores-recolectores pretehuelches o prototehuelches (*apud* Massone), quienes se encontraban viviendo en la comarca de San Gregorio hace aproximadamente unos 3.000 años atrás. Inclusive se ha

podido obtener una secuencia estratigráfica que informa sobre una ocupación sostenida hasta el primer milenio de nuestra era.⁶

Un hallazgo efectuado en fecha reciente en la zona de la laguna de Punta del Monte, en la parte oeste del distrito, localidad situada a más de 30 kilómetros en línea recta de la más próxima costa marítima, podría señalar que las tierras del interior de la comarca de San Gregorio habrían estado pobladas con anterioridad al primer milenio antes de Cristo. Se trata de un taller lítico de alguna extensión, cuyos materiales se relacionan culturalmente con los correspondientes a los períodos III y IV de Fell (7.000/4.500 años A.P.), y a cuyos fabricantes podría suponerseles asociados con los grupos de cazadores que poblaron la zona de la cueva de la Leona, algo más hacia el Noroeste del sitio.

No cabe duda, por otra parte, que una prospección intensiva sobre terrenos del interior comarcal y aun en el propio litoral, pondría de manifiesto nuevos sitios que contribuirían a obtener una información lo más precisa posible sobre la antigüedad y características del poblamiento humano prehistórico en este interesante distrito del territorio magallánico.

En cambio, los antecedentes que dejan constancia de la presencia de indígenas históricos —propriamente aonikenk— en la comarca de San Gregorio, son numerosos y permiten extraer variada información útil para conocer la densidad poblacional y el grado de permanencia en el área, como para afirmar el concepto de preferencia a que se ha hecho mención.

Aunque podría darse por cierto que los aborígenes del área pudieron ser inicialmente avistados por quienes integraron la expedición de Hernando de Magallanes, fue gente de la carabela "Anunciada", de la armada de Frey García Jofré de Loayza que en enero de 1526 fondeó en una bahía que tanto pudo ser la de San Gregorio como la de Santiago, la primera en tener trato directo con los aonikenk o patagones y dejar una relación indubitable sobre su tipo y costumbres. No obstante, y para el fin que interesa a este estudio, es Pedro Sarmiento de Gamboa quien entregó a la posteridad la primera referencia precisa sobre indígenas asentados en San Gregorio.

El avistamiento se produjo el día 21 de febrero de 1580, estando con su nave surta en la vecindad del cabo por él nombrado "de San Gregorio". Habiendo divisado a cuatro indígenas sobre la playa, el capitán dispuso un desembarco para ver modo de tomarlos y tratar

4 "Vida entre los Patagones", p. 62-63. La referencia corresponde a la laguna Romero, situada en la zona terminal del gran valle occidental de San Gregorio, hacia el interior del territorio.

5 En Giacomo Bove, "Expedición Austral Argentina", p. 141.

6 Vid. *infra*, nota 30.

con ellos. Habiendo escapado los naturales, Sarmiento los persiguió internándose un trecho en los campos costeros y así dio con ...unos grandes llanos entre dos lomas muy apacibles a la vista y de muy linda verdura, como sementeras, donde vimos mucha cantidad de bultos como casas, que creímos ser casas y pueblos de aquella gente.⁷

Esta, hasta donde se conoce, hubo de ser la primera observación de una toltería tehuelche hecha por un europeo en el área.

Cuatro años después y por la misma época (marzo), al pasar por la comarca en esforzada marcha hacia el Occidente, Sarmiento tornó a observar la presencia de indígenas, amén de sufrir su ataque, dejando ulterior constancia en su relación, en cuanto a que allí había *población de indios determinados*.⁸

En 1587 recaló en la vecindad del cabo de San Gregorio la flotilla de Thomas Cavendish, llevando entre los tripulantes a Tomé Hernández, único afortunado que lograría salvar con vida en la desgraciada empresa colonizadora de Pedro Sarmiento. Pues bien, Hernández contaría después que llegaron al *Río de San Gregorio*, en donde el corsario determinó hacer agua para la provisión de sus naves. Los encargados de tal faena penetraron con sus bateles por la boca del río y encontraron numerosos aborígenes, con los que iniciaron un trato pacífico. Sin embargo, posteriormente se suscitó una escaramuza entre los naturales y la gente de los barcos, a raíz de lo cual se les persiguió hasta alcanzar lo que el español describiría como *una gran pavesada*,⁹ esto es, la toltería de los patagones. Tenemos de tal modo una nueva confirmación sobre la presencia indígena en el lugar.

Para el próximo testimonio fidedigno debió transcurrir largo tiempo, casi dos siglos, hasta 1764-67, época del encuentro de los navegantes John Byron y Luis Antonio de Bougainville con los indígenas de San Gregorio. No obstante ello no es improbable que estos aborígenes hayan sido avistados por algunos de los sucesivos navegantes holandeses o por los hermanos Nodal, entre las postrimerías del siglo XVI y 1619. Asimismo, en 1670 y 1671 por John Narborough, quien dejó en su mapa del Estrecho un dibujo con una descripción somera sobre la apariencia de los patagones. Por fin, también por los navegantes franceses e ingleses que pasaron por el estrecho de Magallanes en los inicios del siglo

XVIII. Pero tales referencias, de existir, no se conocen hasta el presente.

Hay, sin embargo, un antecedente indirecto que por cierto interesa y es el debido al jesuita francés Juan Amando Nyel, cuyo conocimiento debemos a Furlong (1943). El religioso integró una de las expediciones galas al Estrecho realizadas cuando concluía el siglo XVII y durante los primeros años del siguiente. En su transcurso, la nave que lo conducía se detuvo por quince días en la bahía de San Gregorio. En el relato del viaje que Nyel haría posteriormente al Padre De la Chaise, confesor del Rey de Francia, le expresaría el agrado que le produjo el aspecto del territorio comarcano, que le pareció *bastante bueno y a propósito para cultivarle*. En cuanto a los aborígenes, le señalaría textualmente: *No vimos habitante alguno del País, porque aquellos Pueblos acostumbran entrarse tierra adentro en las cercanías del Invierno. Mas algunos Navíos Franceses, que han venido antes, y después, han visto muchos de ellos prosiguiendo el Estrecho: y aun nos han asegurado que parecen dóciles y sociables por la mayor parte, fuertes y robustos, de grande estatura, y de color amulatado, como el de los demás Americanos*.¹⁰

No deja de sorprender la afirmación del jesuita en cuanto al hábito de los patagones de moverse tierra adentro en invierno, y que hace la excepción entre los numerosos testimonios y opiniones que afirman lo contrario, como por cierto lo fue. Procurando una explicación para tal aserto, nos preguntamos si para entonces no habrían tenido ya los patagones los primeros caballos y con ellos haber comenzado a extender territorialmente su actividad cinegética, lo que haría posible entender su ausencia de una comarca en la que habitaban desde tiempo inmemorial.

A propósito de los caballos, cuando se obtenga el próximo testimonio se habrá producido un hecho que será fundamental en la vida y costumbres de los tehuelches meridionales: el dominio y uso de esta especie doméstica introducida por los europeos.¹¹

7 "Viajes al Estrecho de Magallanes", 1:119.

8 Id. 11:39.

9 De "pavesa" = protección, referencia directa a los cueros de que estaban hechas las precarias habitaciones.

10 "Entre los Tehuelches de la Patagonia", pág. 113.

11 La primera observación fidedigna sobre esta circunstancia fue hecha en 1741 por un grupo de marinos ingleses que se había separado del resto de los náufragos de la fragata "Wager", a la sazón en una isla del archipiélago Guayaneco. Hasta el presente, los distintos autores que se han ocupado del tema han concordado en atribuir el origen de los equinos en la parte austral de América, a los animales que quedaron en libertad luego del fracaso de la primera fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza en 1536. De este modo, los caballos se fueron multiplicando y desplazando, tal vez por intervención de los propios aborígenes, hasta alcanzar dos siglos más tar-

Hasta entonces, promediando el siglo XVIII, los patagones y sus antecesores prehistóricos habrían sido tal vez preferentemente sedentarios, con un variable rango territorial de movilidad, motivado por las exigencias de la caza de guanacos en especial, lo que explica suficientemente la preferencia por un distrito como el de San Gregorio, tan rico en recursos para la vida humana.

El progresivo uso del caballo hubo de estimular el hábito nómada de los naturales y ampliar considerablemente el ámbito de su movilidad. Quizá entonces, conjeturamos, al consolidarse la fase ecuestre de su cultura, llegó a término la relación de permanencia grupocomarca que en el pasado habría determinado la existencia de concentraciones humanas en las áreas más favorables, en grado de autonomía unas respecto de otras, en las áreas más favorables del extenso país tehuelche meridional.

A fines de diciembre de 1764, el comodoro inglés John Byron, durante su recorrido exploratorio del estrecho de Magallanes, recaló en la bahía de San Gregorio, ocasión en que pudo tratar con los patagones, apreciar su índole pacífica y realizar diversas observaciones de interés etnográfico.

Año y medio más tarde, en junio de 1766, hacía lo propio la fusta "L'Etoile", al mando del señor De la Giraudais. La nave integraba una flotilla puesta al comando superior de Luis Antonio de Bougainville y se había dirigido al Estrecho por encargo del mismo, a fin de extraer madera para la fundación que se realizaba por entonces por cuenta del Reino de Francia en las Malvinas.

El objeto de la recalada era el de trabar relación con los indígenas de la Patagonia austral para establecer con ellos una alianza, con miras a afirmar el futuro sostenimiento de la colonia de aquel archipiélago. Para el efecto se eligió a Denys de Saint-Simon, capitán de in-

fantería de origen franco-canadiense y que tenía gran experiencia en el trato con los naturales.

Cuando Saint-Simon desembarcó, lo acogió una veintena de aborígenes, todos a caballo, y más tarde comenzaron a arribar otros más, en crecido número, alcanzando hasta unos 800. Era ello una señal evidente de estar su asentamiento en la vecindad.

En una prolongada y un tanto azarosa entrevista, que de mucho sirvió para conocer sobre la índole, aspecto físico y costumbres de los tehuelches, el oficial francés pudo concertar finalmente un tratado con los indígenas, prometiendo retorno al cabo de un año.

La promesa tuvo debido cumplimiento en un lapso algo mayor, al fondear las naves en San Gregorio el día 8 de diciembre de 1767. Al desembarcar algunos, entre otros el propio Bougainville, se sostuvo un cordial encuentro con una treintena de patagones, oportunidad en que se hicieron nuevas observaciones sobre los indígenas.

Las sucesivas visitas de los franceses a San Gregorio y los antecedentes que con las mismas se obtuvieron, permiten conocer la cuantía numérica de la presencia indígena en la comarca y la consiguiente importancia del paraje como centro de concentración permanente o temporal de los tehuelches. Aún teniendo por exagerado el cálculo de 800 individuos dado por De la Giraudais, el crecido número de indígenas avistado hace de tal presencia la mayor de cuantas se habían realizado hasta entonces en la Patagonia meridional.

Dos décadas después de realizado el último de los fondeos de una nave europea, en enero de 1786, recaló en San Gregorio la fragata española "Santa María de la Cabeza", oportunidad en que se sostuvo un contacto amistoso con algunos patagones. Posteriormente, el 13 de marzo, cuando la fragata retornaba a Europa al cabo de un provechoso trabajo hidrográfico en el canal magallánico, volvió a anclarse en la mencionada bahía. Habiéndose observado la presencia de una muchedumbre en la playa, que más tarde se estimó ser de entre 300 y 400 almas, se determinó bajar a tierra y tuvo ocurrencia un nuevo encuentro entre los españoles y los tehuelches, tan cordial como el anterior y de nuevo provecho para el conocimiento etnográfico.

Si bien los europeos no tuvieron oportunidad de conocer el sitio del asentamiento indígena, pudieron entender que *...tienen establecidas sus tolderías en lo interior de los valles, próximas á un arroyo ó laguna dulce é inmediatas á algun monte para resguardarse de los vientos impetuosos: así no pudo inspeccionarse su mo-*

de del extremo sur de la Patagonia. Recientemente, sin embargo (1984), otro autor, Manuel Llarás Samitier ha postulado una nueva hipótesis para explicar la presencia equina en el Sur. Así, señala, que la misma pudo estar en el naufragio de una de las naves de Camargo, ocurrido sobre la costa norte de la segunda angostura del estrecho de Magallanes, en 1540. Los tripulantes de otras de las naves de la flotilla del Obispo de Plesencia, habrían visto cómo los naufragos conseguían salvar sus vidas y parte del cargamento, incluida una cantidad de caballos que se llevaban a bordo de la carabela siniestrada. Se plantea de esta manera una cuestión no fácil de resolver y que podría motivar algún estudio acucioso sobre el asunto, que, de resultar confirmatorio para la hipótesis planteada, entregaría nuevos elementos para considerar la evolución cultural de los *aoñikenk* subsiguiente al dominio de los equinos.

do de alojar, y sólo desde á bordo se vio algo que no se puede individualizar con certeza. Sin embargo, sabiendo que viven errantes como los Arabes, abandonando el terreno que espontáneamente no les da alimento, es de creer serán sus chozas formadas sin solidez ni estudio. Para prueba de la común opinión de esta vida errante se puede citar que en este viage se vio una misma Tribu establecida en dos diversos parages.¹²

Además de la información contenida en ella, de la cita precedente puede deducirse que los patagones no utilizaban siempre un mismo paradero dentro de la comarca de San Gregorio, y, por otra parte, que a lo menos uno de tales sitios puede ser identificado como situado en el valle del río Susana, aunque algo retirado de la costa. En efecto, como la observación se hizo a la distancia, la misma debió tener ocurrencia desde el ancón de Santa Susana, ubicado del lado occidental de la punta de San Gregorio. Ello queda confirmado con la indicación contenida en la cartela del mapa "Carta Reducida del Estrecho de Magallanes", uno de los frutos del viaje, en cuanto que la observación de latitud que en ella se menciona fue practicada precisamente en dicho ancón, desde la nave, al revés de la realizada en la bahía de San Gregorio, que lo fue en tierra.

Habrían de transcurrir cuarenta años antes que volviese a registrarse una nueva observación sobre los patagones en sus ancestrales lares de San Gregorio y que constituyera un testimonio válido para la ciencia histórica. Ello habría de ocurrir y con suficiente provecho durante el desarrollo de la memorable campaña hidrográfica británica realizada en aguas meridionales americanas, bajo el ilustrado comando de los capitanes Philip Parker King y Robert Fitz Roy.

El primer encuentro con los indígenas correspondió hacerlo a la gente de la "Adventure", durante los días 30 y 31 de diciembre de 1826, justamente en el inicio de la campaña. En la ocasión, un grupo de tripulantes bajó a tierra para conocer a los tehuelches que se mostraron sobre la costa no bien fondeó la nave, otra señal de que los mismos solían habitar en las cercanías. La relación que de tal manera hubo de establecerse, fue de partida muy amistosa y habría de ser de gran utilidad para los británicos durante el extenso lapso de sus faenas hidrográficas.

De la información proporcionada por Fitz Roy en la narración del viaje, se desprende que

este primer contacto se realizó con una partida no muy numerosa, siendo evidente que un grupo mucho mayor de indígenas acampaba en las cercanías.

Un segundo encuentro sostenido meses después, en mayo de 1827, habría de ser más prolongado y sería bien aprovechado por los navegantes para procurar conocer mejor acerca de las costumbres de los pacíficos nómades del Estrecho. Advertidas por los indios las naves, mientras éstas navegaban por la Segunda Angostura en demanda de la bahía San Gregorio, en poco tiempo se juntó un número apreciable de jinetes, quienes arribaron simultáneamente con aquéllas al sitio ya tradicional de encuentro entre aborígenes y europeos.

Esta oportunidad fue especialmente rica en experiencias novedosas para los marinos británicos y les permitió, además, conocer un campamento patagón. Este, siguiendo a Fitz Roy, estaba situado en un valle que se extiende de norte a sud entre dos cuchillas y por el cual corre un arroyo que desemboca en el Estrecho, dentro de la Segunda Angostura, como a una milla al oeste de Cabo Gregorio.¹³ La precisa descripción permite identificar de inmediato y sin duda alguna el paraje como situado en el valle inferior del río Susana.

Había allí un conjunto de ocho a diez toldos, lo que representaba una población no inferior a 120 personas, número que en realidad se había manifestado sobre la costa al tiempo del desembarco.

La recalada de la corbeta "Beagle" en San Gregorio, en agosto de 1828, permite consignar un nuevo testimonio acerca de la importante y de hecho permanente presencia tehuelche en la comarca. En la ocasión, los indios mudaron con rapidez su toldería, situándola sobre la costa de la bahía. Fitz Roy contó entonces entre 12 y 14 toldos, juzgando por su anterior experiencia que habitarían en ellos no menos de 150 individuos.

En abril de 1829 la goleta "Adelaide" realizó una nueva recalada en San Gregorio, hecho que se produjo una vez que su comandante, el teniente Thomas Graves, avistara indígenas sobre la costa, determinando fondear en el lugar para procurarse con ellos carne de guanaco para la provisión de las naves. Finalmente y ya durante el transcurso de la segunda fase de la prolongada y extensa campaña hidrográfica, tuvo ocurrencia a fines de enero de 1834 un último encuentro entre los marinos británicos y los tehuelches en el litoral de San Gregorio. En la oportunidad, Conrad Martens, a la sazón em-

12 Antonio de Córdoba, "Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S. M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786", p. 332.

13 "Narración de los viajes de levantamiento, etc.", I:121.

barcado como supernumerario de la expedición, en calidad de dibujante, hizo un croquis con una vista del campamento indígena (Martinić, 1982).

El siguiente testimonio, aunque indirecto, se obtiene del "Diario de la Goleta Ancud", embarcación que al mando del capitán Juan Williams hizo un reconocimiento somero del litoral oriental del Estrecho, a comienzos de octubre de 1843. Entonces los chilenos tuvieron un encuentro amistoso con los tehuelches en Puerto Peckett y procuraron uno igual en San Gregorio, pero sin éxito, pues no se vio indio alguno a la sazón, a pesar de haberseles hecho señales de humo. Sólo al retorno y navegando a la cuadra de la bahía Oazy se divisaron humos hacia el interior de la llanura litoral, seña ésta de haber patagones en las inmediaciones.

Año y medio después, en marzo de 1845, y ya hecha efectiva la jurisdicción de la República de Chile sobre las tierras australes americanas, el gobernador de la colonia de Fuerte Bulnes despachó en la misma nave mencionada una comisión a cargo del teniente Ruperto Gatica, para verificar la efectividad de la presencia de un establecimiento de gente extraña, no aborigen, en la costa de la bahía de San Gregorio.

En efecto, el oficial encontró allí tres casitas que conformaban el inicio de una base misional británica, a cargo de Allen Gardiner y Robert Hunt, junto a las cuales había una toltería tehuelche. Es del caso mencionar que a raíz de esta visita los misioneros británicos decidieron poner término a su actividad, a fin de evitar dificultades con la autoridad chilena.

Es de notar que tanto ésta como aquéllos, estaban enterados acerca de la frecuente presencia indígena en las tierras de San Gregorio, de modo que quien quisiera comunicarse con ellos, podía dirigirse a la bahía homónima llevando prácticamente la certeza de un seguro encuentro.

Hasta entonces, cuantos habían trabado conocimiento con los patagones en dicho lugar, lo habían hecho arribando al paraje por mar. Pero, pasada la mitad del siglo y una vez que la presencia chilena se fue afirmando en el territorio, comenzaron a realizarse las primeras incursiones por el interior del mismo.

La primera de estas penetraciones terrestres tuvo ocurrencia en febrero de 1853 y la realizó un piquete militar, desembarcando en bahía Oazy y marchando por la llanura costera, batiendo con intensidad la comarca, pero sin dar con rastro reciente, aunque sí antiguo, de tehuelches. Esta extraña ausencia de una comarca donde estos indígenas y sus antecesores venían morando desde milenios, tenía que ver con

la participación que aquéllos, en especial sus jefes, Guaichi y Casimiro, tuvieron en el asesinato del gobernador colonial Bernardo E. Philippi, ocurrido en la zona de Peckett en octubre de 1852, circunstancia que les hizo incurrir en las fundadas sospechas de la autoridad chilena, forzándolos a escurrirse de su vista y alcance por largo tiempo.

Transcurrieron algunos años y ya reanudadas las relaciones entre la autoridad de Punta Arenas y los tehuelches australes, éstos tornaron a frecuentar la colonia con regularidad. Fue precisamente que al tener conocimiento de tal costumbre, arribó a Punta Arenas a comienzos de 1859, el misionero anglicano Teófilo Schmid con el propósito de incorporarse a algún grupo indígena y marchar con él hacia el interior del territorio, para intentar de paso la evangelización de los naturales.

Lo consiguió, en efecto, cuando el cacique o jefe Ascaik lo invitó a marchar con su gente tierra adentro. Así, a contar de abril y por espacio de cinco meses, Schmid tuvo la oportunidad, rarísima para un europeo, de compartir *...una vida errante en extremo pues rara vez los indios permanecen más de una semana en un sitio*,¹⁴ según escribiría más tarde a sus superiores.

En el curso de aquella extensa campaña, los tres primeros meses, *acampamos siempre en los alrededores de las Serranías de San Gregorio, pues durante el invierno los guanacos buscan ese paraje, u otro cercano a la costa*,¹⁵ añadiría en su relato. Más tarde, al concluir la prolongada trashumancia por diversas zonas del país tehuelche retornarían nuevamente a San Gregorio. Por otro misionero, Allen W. Gardiner, sabemos que en marzo de 1858 había acampado en San Gregorio un importante número de tehuelches, a cargo de Watchee (Guaichi) y Choila.¹⁶

Dos años después, entre junio y septiembre de 1861, Schmid tuvo oportunidad de acompañar nuevamente a los patagones en su incansable vagabundo. Entonces, y en una de las jornadas, los indios llegaron hasta *Namer Aiken, ...un paradero situado a 8 ó 9 millas del extremo sudoeste de la serranía de San Gregorio*.¹⁷

Ya en las jornadas finales de esta segunda campaña de Schmid, camino a la colonia de Punta Arenas, los indios se detuvieron en el paradero tradicional de *She-Aiken*, situado en el extremo boreal del extenso cuarto creciente

¹⁴ "Misionando por Patagonia Austral", pág. 29.

¹⁵ Op. cit. pág. 30.

¹⁶ Id. pág. 124.

¹⁷ Ibid. pág. 46.

territorial que conformaba la comarca tehuelche de San Gregorio. Por allí volvería a pasar nuevamente, en 1862, al término de la tercera campaña evangelizadora entre los patagones. En la ocasión (mediados de octubre), Schmid pudo contar 50 toldos, con alrededor de 600 personas. Por ese mismo tiempo, algo antes (en julio), un grupo de patagones había acampado nuevamente en San Gregorio, según lo consignaría Juan F. Hunziker, otro misionero de la South American Missionary Society.

A dicha zona, con más precisión a la correspondiente a bahía Santiago, fue a recalar a fines de abril de 1867 la corbeta de S.M.B. "Nassau", en la que viajaba el naturalista Robert O. Cunningham, quien habría de dejar un circunstanciado relato de las distintas alternativas de la prolongada expedición hidrográfica británica al mando del capitán Richard C. Mayne, que se extendería hasta 1869.

El día 25, precisamente, arribó a la vista de la nave una treintena de patagones, quienes armaron su campamento en la vecindad, cerca de la orilla del mar. Dirigía la partida el afamado Casimiro Biguá, quien nada tardó en establecer un cordial trato con los ingleses, tanto que el comandante Mayne, Cunningham y algunos oficiales fueron invitados a tomar parte en una cacería de guanacos por los alrededores.

El 29, la "Nassau" se movió al fondeadero de la bahía de San Gregorio, sobre cuya costa se observaron nuevamente algunos indígenas. Se llevó a cabo una excursión tierra adentro en su búsqueda, pero los mismos no consiguieron ser ubicados por la gente del barco.

La siguiente e importante referencia compulsada corresponde al testimonio del explorador británico George Ch. Musters, quien, siguiendo la ruta indígena recorrió en forma marginal la comarca que nos ocupa, durante la primera parte de su memorable viaje transpatagónico de 1869-70. En lo que interesa, vale la pena consignar la mención relativa a la descripción de la tercera parada de la expedición: *...llegamos al caer la tarde a un viejo campamento indio situado al pie de una sierra que corría de norte a sur, poco más o menos, formando la barrera de un ancho y regado valle limitado al este por las conocidas barrancas de San Gregorio.*¹⁸

Nuestro vivaque quedaba dentro mismo del abra del valle, que a cubierto como está de los vientos, es el sitio preferido para sus cuarteles de invierno por los tehuelches meridionales; éstos, por lo general, plantan su campamento

*cerca de Puerto Oazy, al que llaman "Oazy Sabá".*¹⁹

Por esta misma época hubo de tener término una curiosa incidencia político-jurisdiccional promovida por el gobierno argentino a partir de 1865 y cuyo propósito era el de posesionarse de la costa nororiental del estrecho de Magallanes. Para ello se acordó en primera instancia un "Tratado con las Tribus Tegüelches", en Buenos Aires, el 5 de julio de 1866, el que fue suscripto por Casimiro Biguá en representación de los cazadores australes. Asimismo y en igual predicamento, se destacó a un enviado singular, Doroteo Mendoza, con el encargo expreso de cultivar la nueva relación establecida con los tehuelches y para procurar, con el apoyo de Luis Piedra Buena, un personaje semilegendario del Sur, llevar adelante la fundación de una colonia indígena en la bahía de San Gregorio, paraje elegido tanto por su situación estratégica, considerando los fines geopolíticos perseguidos, y sus condiciones naturales, cuanto porque era por demás conocido como sitio de concurrencia permanente o periódica de los patagones (Martinić, 1979).

El acariciado proyecto hubo de resultar fallido al fin, aunque se insistió reiteradamente en su materialización, por distintas causas que no viene al caso mencionar. Del mismo, además de su recuerdo, quedaría el pintoresco cacicazgo de San Gregorio, concedido ad hoc al veleidoso Casimiro Biguá.

Precisamente, durante el curso de esta tentativa, al citado Mendoza le tocó pasar el invierno de 1865 (al parecer desde mayo hasta agosto) en San Gregorio, con un numeroso contingente de indígenas.

Luego del paso marginal de Musters por el área y la consiguiente referencia, debieron transcurrir varios años, prácticamente una década, antes que otros viajeros dejaran constancia de la presencia de tehuelches en el territorio que nos ocupa.

Pero durante este prolongado lapso tuvieron ocurrencia dos sucesos que de algún modo decisivo afectarían la presencia de los viejos cazadores nómades de la Patagonia austral en el área de San Gregorio.

En primer lugar, lo fue la disminución de la población tehuelche en grado muy apreciable durante los años 70, en comparación con la conocida en la década anterior. Aunque los antecedentes demográficos con los que se cuenta no son suficientes ni siempre fidedignos, habría que convenir en que la misma hubo de estar compuesta por no menos de 500 y hasta 800

18 Op. cit., pág. 61.

19 Op. cit., pág. 61.

personas, durante los años 60. Pero al promediar la década siguiente, y por razones no fáciles de explicar, la misma tuvo un decrecimiento notorio, que pudo advertirse en las distintas observaciones practicadas hacia fines del período, de una parte, y a la disminución constatada en el número de indígenas que visitaba periódicamente la colonia de Punta Arenas. Al respecto es sintomático el comentario hecho por el gobernador Oscar Viel en su primera memoria administrativa: *A juzgar por los indios venidos a la Colonia, el número de los patagones mas bien decrece que aumenta, sin tener causa a qué atribuirlo, pues, hasta hoy no se conoce ninguna enfermedad endémica entre ellos.*²⁰

Querellas intestinas, de ordinaria ocurrencia entre ellos, en parte provocadas por la división de los indígenas en dos bandos: pro Chile y pro Argentina (circunstancia que habría que investigar para constatar su real significado), y el abuso de la bebida, con sus desgraciadas consecuencias, habrían sido algunas de las causas que explicarían la notoria disminución de la población patagónica.

En otro orden, hubo de influir en el progresivo alejamiento de los tehuelches de su ancestral zona de San Gregorio, en especial de las llanuras litorales situadas entre las bahías Oazy y Santiago, la ocupación que de tales terrenos comenzó a hacerse para uso pastoril a contar de 1878. Si bien no es posible señalar de qué manera pudo influir esta circunstancia en dicho alejamiento, y si el mismo se realizó voluntariamente, o si los indios fueron corridos con violencia por los colonos, es un hecho que el poblamiento ganadero sería definitivo para el fin de la vida errante de los patagones por sus abiertos y libérrimos terrenos de la estepa: paulatinamente y según se afirmará y expandirá la colonización, para los tehuelches irá siendo cada vez más dificultoso moverse y cazar con entera libertad, según su uso tradicional. Prueba de ello es que tanto los exploradores Giovanni Roncagli como Alejandro Bertrand, que pasaron por el sector de las llanuras costeras, uno hacia el Oriente, en 1883, y el segundo marchando hacia el Occidente, en 1885, no observaron ningún indígena en la comarca.

Así intentamos explicar la falta de mayores referencias a la presencia aborigen en la parte oriental del distrito, que echamos de ver entre los testimonios del período 1877-1885.

Prácticamente todos los viajeros concuerdan en señalar o destacar sus encuentros con los indígenas, mencionándolos reiteradamente ubicados en la zona más occidental de la comarca. De este modo, Julius Beerbohm los señala establecidos en el paradero de Dinamarquero (1877), como lo hará Lista poco después, que si bien no los encontró a su paso, hizo referencia a los sitios de su preferencia para acampar.

Tanto Lady Florence Dixie como Diego Dublé Almeida, se encontraron con escasa diferencia de tiempo (enero-febrero de 1879), con un importante campamento indígena en la zona del valle del Bautismo, esto es, el paradero de Dinamarquero, a cargo del jefe Papon. Y en el mismo paraje tornó a encontrarlos a unos y a otro el geógrafo y explorador Bertrand en 1885.

Por fin, a partir de la segunda mitad de los años 80, los tehuelches, dueños históricos del territorio, comenzaron a alejarse de buen o mal grado también de esta parte de una vasta comarca, que tanto ellos como sus antepasados habían preferido quizá por milenios, empujados por el avance ya incontenible de la expansión colonizadora. Tan definitivo hubo de ser el alejamiento, que después de 1890, sólo por rarísima excepción, habría de registrarse alguna ocasional incursión cinegética por las viejas tierras indígenas situadas al Noroeste de la serranía de San Gregorio.

Permanencia de la ocupación y sitios de asentamiento

Hemos señalado precedentemente el decisivo cambio que impuso el dominio del caballo en los hábitos nómades de los aonikenk.

La trashumancia relativa, limitada voluntariamente por la segura disponibilidad de recursos alimentarios y por la capacidad física para trasladarse de un paraje a otro, como en el hecho debió ser la costumbre aborigen durante el extenso lapso cultural precuestre, acarrió sin duda una sedentariedad relativa, concepto que referimos más al territorio distrital o comarcal, que a los paraderos propiamente tales. Así entonces el hombre aborigen (pretehuelche, prototehuelche y tehuelche precuestre) pudo residir en forma permanente y ocupar intensivamente el área naturalmente favorecida que semicircunda a la serranía de San Gregorio.

Posteriormente, cuando el caballo pasó a jugar un rol importantísimo en la economía y la vida de los aonikenk, su uso hubo de brindar mayor movilidad a quienes parecían llevar el hábito nómada en sus genes, pero, estimamos, sin hacerles abandonar su preferencia de radicación siquiera temporal en el área.

²⁰ "Memoria presentada al señor Ministro del Interior comprendiendo desde el 7 de febrero de 1868 hasta el 31 de mayo de 1871". En *Gobierno de la Colonia de Magallanes. Correspondencia años 1869 a 1872*. Archivo Ministerio de RR. I.E. Santiago.

Con las escasas referencias que hemos podido compulсар, podemos intentar demostrar —en tiempo— el grado de permanencia en San Gregorio (zona de la costa, desde el pie de la sierra hasta el mar), superior al período propiamente invernal con el que han estado de acuerdo distintos autores hasta el presente.

En efecto, para la primera fase cultural, precuestre, disponemos de los testimonios de Urdaneta (1526), de Sarmiento (1580 y 1584) y Hernández (1587), que observaron a los indígenas tanto al promediar como hacia el fin del verano. Para la segunda fase, la del uso ecuestre, abundan, es cierto, los antecedentes sobre presencia invernal —mayo-agosto— (Saint-Simon, 1766, Fitz Roy, 1827 y 1828; Schmid, 1859 y 1861; Mendoza, 1865); pero también son numerosos los testimonios que dan cuenta de la permanencia de aborígenes en las cercanías de la bahía de San Gregorio durante otras estaciones del año: Bougainville (diciembre, 1767); Córdoba (enero y marzo, 1786); el mismo Fitz Roy (diciembre, 1826; abril, 1829 y enero, 1834); Williams y Philippi (octubre, 1843); Gatica (marzo, 1845) y Cunningham (abril, 1867).

Concluimos de tal manera en que la permanencia aborígen en la zona litoral (o perilitoral) de la comarca de San Gregorio no se redujo necesariamente a los meses de la estación más fría, sino que talvez pudo ser de año redondo, o casi, con sólo alejamientos temporales, en su mayoría hacia otros parajes de la gran comarca o hacia zonas periféricas de la misma, como los terrenos de la laguna Blanca y valle del río Chico, hacia el NO y N; los campos litorales de la Primera Angostura y Posesión hacia el E, y llanuras vecinas al istmo de Brunswick y valles del Sur de la laguna Blanca, al Oeste. En ellos abundaban las manadas de guanacos y avestruces, principales objetivos cinegéticos.

En cuanto al número y situación de los sitios de asentamiento dentro de un área territorial bastante extensa, los antecedentes examinados permiten señalar su variedad, no obstante la preferencia particular que pudieron tener los indígenas por algunos de ellos. En cualquier caso, tales paraderos deben entenderse con sentido amplio de extensión, es decir, no debieron ser sitios precisos, sino parajes definidos por circunstancias naturales, más o menos extensos, dentro de los cuales podían alternativamente situarse las tolderías. En otras palabras, asignamos al concepto "paradero", un valor de amplitud mayor que el que pudiera tenerse en primera instancia: área, más que sitio puntual.

El misionero Schmid dejó una descripción precisa de un paradero tehuelche, que estimamos genérica para la especie: *Los paraderos en que acampan (los indios), generalmente situados en algún valle y siempre cerca de un lugar con agua, tienen sus nombres distintivos, por lo tanto, cuando deshacen un campamento para trasladarse a otro, no se ponen en marcha como buscando una nueva morada, sino que abandonan la comarca por un tiempo (...). Antes de salir, saben hacia dónde se dirigen y dónde van a acampar.*²¹

Vale recordar que en los aonikenk el hábito nómada parecía ser algo insuperable y harto incómodo para quien, no siendo aborígen, los acompañase: *...he llevado una vida errante en extremo, pues rara vez los indios permanecen más de una semana en un sitio... relataría quejoso el mismo misionero.*²²

De cómo los paraderos escogidos llenaban las exigencias descritas en la cita transcrita y otros antecedentes precedentes, abundan los testimonios, y para ejemplificar basta tan sólo traer a relación lo observado por Dublé Almeida en el paradero de Dinamarquero:

*Al subir la colina que encierra el cañadón (...), contemplé el más hermoso paisaje. Los indios saben elegir sus alojamientos. Este cañadón o valle es muy hermoso. Está circundado de cerros, lo que lo hace ser muy abrigado de los vientos reinantes del Oeste, y corre por el centro un cristalino riachuelo por entre los más abundantes pastos.*²³

Los paraderos estaban situados sobre o en la vecindad de las rutas o sendas indígenas. De éstas, dos a lo menos pasaban por la comarca de San Gregorio: una, quizá la principal, que con dirección general SO-NE unía en tiempos históricos recientes a Punta Arenas con el valle inferior del río Santa Cruz, pasando por el valle del río Gallegos y la comarca volcánica de Ush (Oosh) Aiken y Pali (Palli) Aike; y otra, la que se desprendía de aquélla en el sector de Pozo de la Reina, junto a un paradero tradicional, y se dirigía hacia el Oriente a lo largo de la costa, hasta los campos de caza de las llanuras de la Primera Angostura y cañadones de Posesión.

Podría conjeturarse que los correspondientes paraderos pudieron ser más frecuentados durante la fase cultural ecuestre y más todavía después de la ocupación chilena (en la península de Brunswick) y del ulterior establecimiento de la factoría de Piedra Buena en

²¹ Op. cit., pág. 138.

²² Id., pág. 29.

²³ "Diario de Viaje al río Santa Cruz, Patagonia". En *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo LXXXIV: 218.

Pavón (río Santa Cruz), en que a sus motivaciones tradicionales debieron sumar los indígenas el interés mercantil. Así, entonces, pudieron abandonarse o frecuentarse menos otros paraderos antiguos situados en terrenos de caza alejados de aquellas rutas.

Dentro del territorio que interesa y no obstante la conocida movilidad tehuelche, hemos conseguido identificar hasta ocho paraderos, cuatro de ellos periféricos hacia el Oeste y el Norte, y el resto en el corazón mismo del territorio histórico, esto es, entre el mar y los cerros de San Gregorio, aunque uno de ellos desplazado hacia el Occidente.

A juzgar por los testimonios, el principal de ellos estuvo ubicado en el valle inferior del río Susana (o de *Santa Susana* según Sarmiento), conclusión a la que hemos llegado cotejando distintas fuentes, además de una apreciación visual posterior en el propio terreno.

Así es en efecto. Pedro Sarmiento de Gamboa, el primer observador (1580), al marchar en persecución de los indígenas, advirtió la toldería en unos grandes llanos entre dos lomas apacibles a la vista. Siete años después, Tomás Hernández hubo de precisar más aún la referencia al mismo paradero, que situó en el río de San Gregorio, curso que debemos entender no como el chorrillo homónimo, sino como el vecino hacia el Oeste que en tiempo lejano, aunque indeterminado, conformara la parte inferior del río Susana y que después, luego que éste se abriera paso más al Occidente, ha servido para canalizar las aguas de la llanura vegosa hacia el ancón de Santa Susana. Este curso en marea llena permite la navegación desde el mar hacia el interior tal y como lo advirtiera y describiera Hernández, al hacer referencia a la penetración que hizo la gente de Cavendish con chalupas, en plan de aguada.

Córdoba, en 1786, como Hernández dos siglos antes, observó el campamento indígena en el valle fluvial mencionado. Finalmente, en 1827, allí mismo vio Fiz Roy el campamento indígena, dejando de él una descripción tan precisa, que no admite duda la ubicación (*vid. supra*). El dibujante Conrad Martens, que estuvo de paso por el lugar en 1834, trazó un boceto que muestra parte del campamento tehuelche y su entorno. Es posible además que este paraje haya sido el mismo que mencionara el misionero Hunziker en 1861, al puntualizar que los tehuelches se hallaban acampando en un paradero cercano al cabo Gregorio.

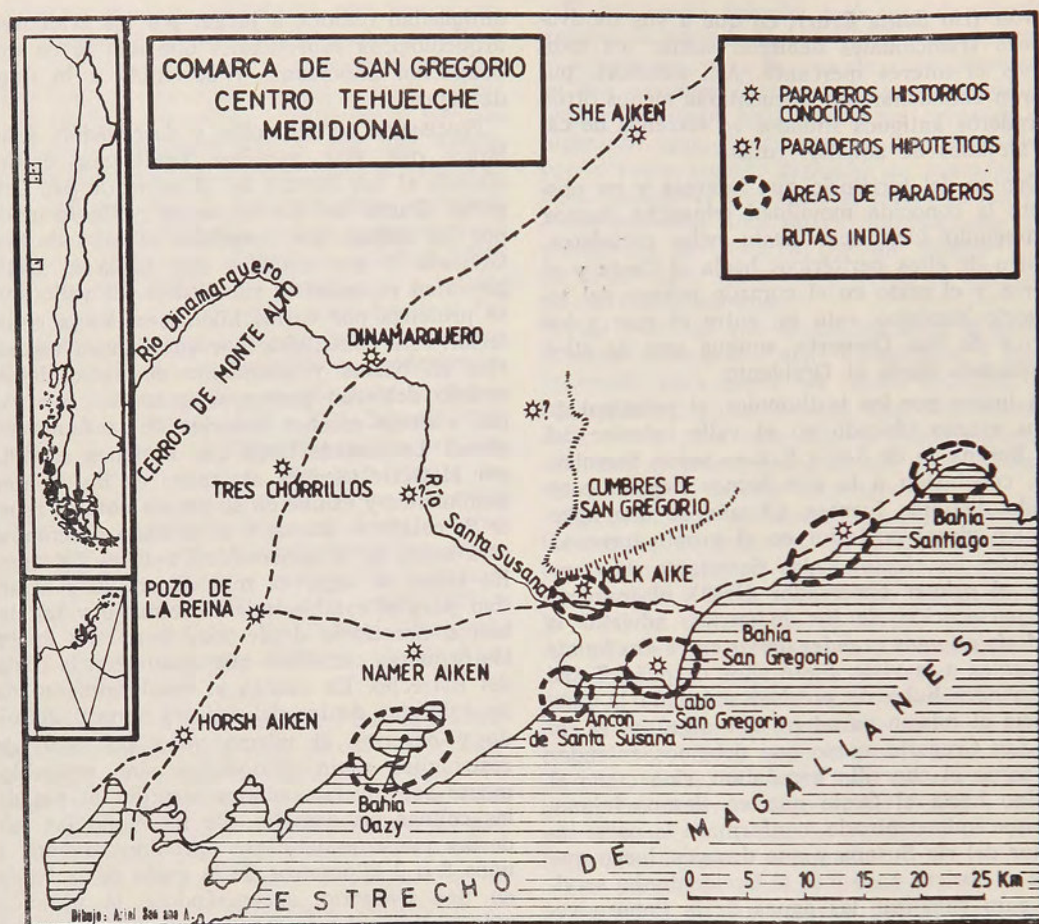
Así pues, tenemos ubicado a este primer y principal paradero indígena de San Gregorio, cuya denominación sensiblemente no ha llegado hasta nosotros, y que fue utilizado durante un tiempo muy prolongado, desde una

antigüedad remota, a juzgar por las evidencias arqueológicas superficiales que dan fe de una ocupación importante y sostenida a lo largo de siglos.

Precisando su situación y descripción, señalamos que este paradero tradicional estuvo situado al Sur directo del Hombro de San Gregorio (Punta del Cerro), en el valle formado por las colinas que respaldan el cabo de San Gregorio y por aquellas que hacia el Oeste permiten encauzar al río Susana. El valle, que se prolonga por varios kilómetros hacia el interior, está constituido por una llanura vegosa, rica en pastos y abundante en agua, donde antaño debieron prosperar guanacos, avestruces y otras muchas especies de la fauna regional. La lomada larga que flanquea el valle por el Oeste asegura el reparo de los vientos dominantes y exhibe en su pie un notable monte de calafates añosos y de tamaño no común, otra señal de la generosidad natural del área. En suma, el lugar es muy favorable y atractivo para el establecimiento humano y tal debieron apreciarlo desde muy temprana época los primeros cazadores que alcanzaron la costa del Estrecho. En cuanto al emplazamiento de las tolderías dentro del espacio natural definido y descrito, él mismo quizá no hubo de restringirse a un sitio único, sino probablemente ser diverso, aunque siempre al pie de las colinas occidentales. De tal modo las tolderías pudieron ubicarse aproximadamente a unos 8 o 9 kilómetros de la costa de la bahía de San Gregorio, encontrándose la posición más meridional a lo menos a un kilómetro del mar, protegida por las elevadas dunas costeras.

Otro paradero estuvo ubicado en la base de los cerros de San Gregorio, junto al arroyo homónimo, en un área que abunda en matorral de calafate, según lo describiera su informante, el explorador Giovanni Roncagli, quien además recogió, con seguridad de labios de su guía, el nombre indígena del lugar: *Kolk-Aike* (Colcaique). Durante una excursión de reconocimiento que practicamos en la comarca, como parte de este trabajo, tuvimos la suerte de dar con el emplazamiento de este viejo paradero indígena. En efecto, él mismo debió estar en el lugar en que acualmente se levanta el casco de la estancia "5 de Enero",²⁴ en cuya huerta se encontraron abundantes restos óseos de animales (incluyendo huesos largos rotos

²⁴ Es ésta una reiterada confirmación para una observación que hicieramos hace largo tiempo y referida al hecho de haberse emplazado varios hoteles de campaña y edificaciones centrales (cascos) de estancias ovejeras, precisamente sobre los mismos sitios donde antaño se asentara el indígena.



para extraer la médula), conchas de mariscos (lo que pone de manifiesto un desplazamiento apreciable entre el interior y la costa) y material lítico, incluyendo una punta de proyectil. Algunos centenares de metros hacia la base de la serranía, junto a la laguna que da origen al chorrillo San Gregorio (y que Bertrand incluyó en su mapa), se repitió y con mayor abundancia y extensión el mismo tipo de hallazgo. Ello es prueba de una ocupación prolongada en el tiempo, al parecer. El área, por lo demás, por sus condiciones naturales, es muy atractiva para el asentamiento humano.

Probablemente aquí, o en su inmediata vecindad, pudieron detenerse para acampar Schmid, en 1859, y Bertrand, en 1885.

Un tercer paradero hubo de situarse hacia el Oriente (y quizá varios más), en sitio no fácil de determinar, con seguridad camino de bahía Santiago y junto a alguno de los chorrillos que bajan de los cerros.

De los paraderos marginales de la comarca de San Gregorio, el más occidental era el que se situaba en la bifurcación de las sendas indígenas, en la proximidad inmediata del paraje conocido como "Pozo de la Reina".

Algunos autores, como Rey Balmaceda y nosotros mismos, precedentemente, hemos tomado a este paradero por el llamado Namer Aiken por los patagones. Pero una lectura cuidadosa de Schmid hace surgir una duda respecto de tal identificación, pues este misionero da tal denominación a ... *un paradero situado a 8 o 9 millas del extremo sudoeste de la serranía de San Gregorio*.²⁵

Proyectando la distancia indicada (aproximadamente 13-15 kms.) sobre un mapa, se alcanza un área regada por un pequeño curso, con varias lagunas y extensos terrenos vegosos, cuyo desagüe es hacia la bahía Oazy.

Y ocurre que justamente hacia tal dirección

²⁵ Op. cit., pág. 46.

el veraz Musters proporciona la referencia de otro paradero indígena en el área: *Nuestro vivaque quedaba dentro mismo del abra del valle, que a cubierto como está de los vientos, es el sitio preferido para sus cuarteles de invierno por los tehuelches meridionales; éstos, por lo general, plantan su campamento cerca de Puerto Oazy, al que llaman "Oazy Saba"*.²⁶

Asociando entonces una y otra referencia, tendríamos que Namer Aiken sería el paradero situado en las proximidades de bahía Oazy, más o menos a medio camino entre el "viejo campamento indio" del pie de las colinas (Pozo de la Reina) y el paradero del valle inferior del Susana descrito primeramente.

Otros dos paraderos marginales estaban situados tierra adentro, hacia el Norte de Namer, y eran los de Tres Chorrillos y Dinamarquero.

Del primero, ubicado junto o en la vecindad de los tres arroyuelos que fluyen al Susana (de allí el topónimo asignado por los baqueanos), poco puede agregarse para mejorar su descripción, no obstante que era uno de los más frecuentados por los indígenas, baqueanos y viajeros del siglo XIX. Podría estimarse, sin temor a errar, que el casco de la conocida estancia que tomaría su nombre del lugar, hubo de establecerse sobre el paraje tradicional. El explorador Bertrand, que se detuvo allí, escribió que *es un buen alojamiento, por tener agua, leña i pasto en abundancia*.²⁷

Dinamarquero, nombre de procedencia baqueana, corresponde a otro de los paraderos indios más conocidos, situado como estaba en la inmediata vecindad del valle del Bautismo (aguas arriba) y, como el anterior, al pie de la serranía. Musters, a quien debemos la referencia fidedigna, lo describió así: *...llegamos al caer la tarde a un viejo campamento indio situado al pie de una sierra que corría de norte a sur, poco más o menos formando una barrera de un ancho y regado valle limitado al este por las conocidas barrancas de San Gregorio*.²⁸ Con datos fisiográficos tan precisos es fácil concluir que la "sierra" no es otra que la cadena de colinas que se sitúan en general con rumbo NE-SO y que integran el sistema de los lomajes de las Leoneras, y que cierra por el Oeste el amplio valle regado por el río Susana y sus afluentes. Lady Florence Dixie, a su tiempo, nos dejó una sucinta descripción del mismo, que guarda semejanza con la que sobre dicho lugar hiciera Dublé Almeida, y en donde uno y otro encon-

traron acampados al famoso jefe Papon y a su gente. Según la viajera inglesa, el campamento tehuelche estaba situado *... en un ancho fondo de valle bordeado a cada lado por parados acantilados y con un pequeño arroyo fluuyendo en su centro*.²⁹ La descripción fue graficada con un dibujo levantado en el lugar por Julius Beerbohm, acompañante de aquélla.

Metros más o menos el paradero puede ser ubicado en el mismo sitio en donde por muchos años estuviera instalado el hotel "Dinamarquero", uno de los más antiguos de la campaña magallánica, atractivo y resguardado lugar, en donde con una observación preliminar pudo advertirse la probabilidad de una ocupación antigua y prolongada. Los "acantilados" de Lady Dixie no son, de otra parte, más que una referencia exagerada a las pendientes un tanto abruptas que enmarcan el valle del río Dinamarquero.

Con este sitio se cierra hasta donde sabemos el circuito de paraderos periféricos de San Gregorio, ubicados dentro de su área natural tributaria. Con todo, aunque tiene por cierto condición extradistrital, creemos que debe mencionarse el boreal She-Aiken, que pertenece a un área integrante de una cuenca de orientación distinta, SO-NE, por su íntima relación con aquella comarca. El topónimo, por encontrarse directamente sobre la ruta indígena, permitió ser recogido en variada grafía (Sh-aik, Seaike, Seayke, Ciaique, hasta la actual forma Ciaike). Agustín del Castillo lo menciona como "Cabeza del Ceayke". Además de este explorador pasaron por, o se detuvieron en él, distintos viajeros, entre ellos Musters, Schmid y Lista. A juzgar por la descripción del antiguo marino británico, el lugar era el menos favorecido de los paraderos indígenas, pues carecía de leña.

En el ancho valle regado por las corrientes que bajan desde las cumbres de San Gregorio hacia el Poniente, y por los ríos Dinamarquero y Tres Chorrillos, han debido existir con seguridad uno o más paraderos. Tal suposición surge del hecho de ser tal espacio una zona rica en terrenos vegosos y lagunas, donde la fauna debió ser otrora muy abundante y por lo tanto el territorio pudo ser una cotizada zona de cacería. Por otra parte, es lógico discurrir que los indios eligieran la ruta más directa para unir el sector litoral de San Gregorio con el valle del Bautismo (siguiendo tal vez el curso del río Susana), lo que inmediatamente indica por la distancia existente (aproximadamente 60/70 kms.) que debía forzosamente haber un paradero intermedio. Otro

²⁶ Id., pág. 61.

²⁷ "Memoria sobre la Región Central de las Tierras Magallánicas". En *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo XI: 236.

²⁸ Op. cit., pág. 61.

²⁹ "Across Patagonia", pág. 64.

tanto puede pensarse respecto de una posible ruta de vinculación entre la mencionada zona litoral y She-Aiken, a lo largo de las estribaciones occidentales de la sierra de San Gregorio, lo que, por razón idéntica de distancia (aproximadamente 70/80 kms.), sugiere la existencia de un paradero en un punto intermedio. Para el primer caso, postulamos hipotéticamente el área del antiguo casco de la estancia "Oazy Harbour" ("Gringos Duros"), y para el segundo, el lugar donde se ubica el puesto "Harry", perteneciente a la estancia "5 de Enero".³⁰

Sería de interés que sobre la base de estos antecedentes, la Arqueología pudiese desarrollar un trabajo de prospección extenso y sistemático, destinado a obtener una mejor y más completa información sobre la vida pre y protohistórica de la comarca de San Gregorio en particular y de la zona centro-oriental magallánica en general.

Así, con este trabajo, ha quedado aproximadamente acotado, histórica y geográficamente, el antiguo territorio aborígen de San Gregorio, sobre cuya preferencia por parte de los indígenas patagones y sus predecesores no ha de caber duda, al punto que no creemos exagerar al considerarlo como el centro real del ya perdido país tehuelche meridional.

Con el mismo, por otra parte, queremos rendir un homenaje de recuerdo para aquellos viejos centauros nómades del pasado, cuya existencia y mezquina cultura integran parte de nuestro más genuino patrimonio histórico, y cuya mención es injusta e incomprensiblemente omitida por tantos autores que se ocupan de la etnografía chilena.

FUENTES DE CONSULTA

Bibliografía

ANRIQUE, NICOLAS. 1901. "*Diario de la Goleta 'Ancud' al mando del Capitán de Fragata don Juan Guíllermos (1843) para tomar posesión del estrecho de Magallanes*". Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago.

³⁰ El arqueólogo señor Mauricio Massone, concordando con nuestra apreciación, ha sugerido utilizar el concepto "área de paraderos" para referirse a grupos de sitios situados en inmediata cercanía unos de otros, conjunto o unidad espacial que en este trabajo hemos señalado simplemente "paradero". Así, las prospecciones arqueológicas han permitido encontrar hasta el presente seis áreas: Bahía Oazy (2 sitios); Susana Cove (3 sitios); San Gregorio Oeste (6 sitios); San Gregorio Oriente (4 sitios); y Bahía Santiago (2 sitios), todos ellos costeros del Estrecho; y, hacia el interior, Kolk-Aike (2 sitios) y Dinamarquero (1 sitio).

BERTRAND, ALEJANDRO. 1886. "Memoria sobre la Región Central de las Tierras Magallánicas". En *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo II, pp. 203-343, Santiago.

BOUGAINVILLE, LUIS ANTONIO, DE. 1946. "*Viaje alrededor del mundo por la fragata del Rey 'La Boudeuse' y la fusta 'La Estrella', en 1767, 1768 y 1769*". Espasa Calpe S. A. Buenos Aires.

BOVE, GIACOMO. 1883. "*Expedición Austral Argentina*". Imprenta del Departamento Nacional de Agricultura. Buenos Aires.

CORDOBA LAZO DE LA VEGA, ANTONIO. 1788. "*Relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la Fragata de S. M. 'Santa María de la Cabeza' en los años de 1785 y 1786*". Imprenta de la Viuda de Ibarra e Hijos. Madrid.

CUNNINGHAM, ROBERT O. 1871. "*Notes on the natural history of the Strait of Magellan*". Edmonston and Douglas. Edinburgh.

DIXIE, FLORENCE. 1880. "*Across Patagonia*". Richard Bentley & Son. Londres.

DUBLE ALMEIDA, DIEGO. 1938. "Diario de viaje al Río Santa Cruz, Patagonia", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomos LXXXIV: 208-231 y LXXXV: 254-279, Santiago.

FITZ ROY, ROBERT. 1932. "*Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S. M. 'Adventure' y 'Beagle' en los años 1826 a 1836*". Biblioteca del Oficial de Marina. Buenos Aires.

FURLONG, GUILLERMO. 1943. "*Entre los Tehuelches de la Patagonia*". Talleres Gráficos San Pablo. Buenos Aires.

LISTA, RAMON. 1975. "*Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia (1877-1880)*". Editorial Marymar. Buenos Aires.

LLARAS SAMITIER, MANUEL. 1984. "Caballos: otro interrogante patagónico". En *Revista Patagónica* N° 19 (julio-agosto). Asociación Geográfica de la Patagonia. Buenos Aires.

MARANGUNIC, CEDOMIR. 1974. "*Los depósitos glaciales de la pampa magallánica*". En *Revista Geográfica de Chile Terra Australis* N.os 23-24: 5-11. Santiago.

MARTINIĆ B., MATEO. 1977. "*Historia del estrecho de Magallanes*". Editorial Andrés Bello, Santiago.

- 1978. "Exploraciones y colonización en la Región Central Magallánica". *Ans. Inst. Pat.* 9: 5-42. Punta Arenas.
- 1979. "La política indígena de los gobernadores de Magallanes 1843-1910". *Ans. Inst. Pat.* 10: 7-58. Punta Arenas.
- 1982. "Algunos dibujos inéditos de Conrad Martens sobre Patagonia". *Ans. Inst. Pat.* 13: 51-57. Punta Arenas.
- 1982. "Antecedentes para la historia del conocimiento botánico y zoológico de la Región del Estrecho de Magallanes". *Ans. Inst. Pat.* 13: 103-123. Punta Arenas.
- MASSONE M., MAURICIO. 1979. "Panorama etnohistórico y arqueológico de la ocupación tehuelche y prototehuelche en la costa del Estrecho de Magallanes". *Ans. Inst. Pat.* 10: 63-107. Punta Arenas.
- MENDOZA, DOROTEO. 1965. "Diario y memoria de viaje al Estrecho de Magallanes 1865-1866". Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.
- MUSTERS, GEORGE CH. 1964. "Vida entre los Patagones". Ediciones Solar/Hachete. Buenos Aires.
- OYARZUN, JAVIER. 1976. "Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego". Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- PISANO V., EDMUNDO. 1973. "La vida en los Parques Nacionales de Magallanes". Publicaciones del Instituto de la Patagonia, Serie Monografías N° 6, Punta Arenas.
- 1978. "Fitogeografía de Fuego-Patagonia Chilena I. Comunidades vegetales entre las latitudes 52° y 56° S". *Ans. Inst. Pat.* 8: 121-250, Punta Arenas.
- SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO. 1950. "Viajes al Estrecho de Magallanes 1580-1584". Emecé Editores, Buenos Aires.
- SCHMID, TEOFILO. 1964. "Misionando por Patagonia Austral 1858-1865. Usos y costumbres de los Indios Patagones". Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- VENEGAS, CLAUDIO y JEAN JORY. 1979. "Guía de Campo para las Aves de Magallanes". Publicaciones del Instituto de la Patagonia, Serie Monografías N° 11, Punta Arenas.

Cartografía

Plano Topográfico de la Región Central Magallánica, escala 1:500.000. Por Alejandro Bertrand, Santiago, 1885.

Plano Topográfico de la hijuelación de los terrenos fiscales en el Territorio de Magallanes, escala 1:250.000. Por Alvaro Donoso, Santiago, 1902.

Magellan Strait from the First Narrows to Sandy Point. Captain R.O. Mayne. Oficina Hidrográfica del Almirantazgo Británico, Greenwich.

Mapa de Chile (Carta Preliminar), Cuarterón Laguna Blanca 5270, escala 1:250.000. Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1961.

Fotografía aérea

Mosaico aéreo trimetrogon de Chile, 1943, USAF. Fotografías 503-L 55, 56, 57, 58, 59 y 60.

Mosaico de imágenes Landsat, sector Boca Oriental del estrecho de Magallanes a Bahía Inútil, NASA.

